Layes

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9294

Título: Layes
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Poema

Editor: Brian
Fecha de creación: 17 de octubre de 2026
Fecha de modificación: 17 de octubre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

A La Manera De Santa Fé

En que la Corte de Amor

decide de una querella.

Cuestión

Hurtar el cuello al tirano

del amor

Leonor no supo, y en vano

quedó cautiva sin que

el señor

la requebrara en buen pie.

Suspiró todo el verano

en el alféizar, señor

Y tanta su pena fue

que dió en locura de amor.

Demanda

Alta reina,

corte sabia,

en aquesta

lid de amor,

Nos querella

demandamos

desta pena

que a una dama

buena y bella

se infirió.

Fallo

Es el amor un fermoso

gran tirano,

que se lleva de la mano

toda víctima que faz.

El que sus pasos esquiva

de sus redes,

queda preso; e bien veredes

que es orgulloso de más.

Non otra cosa pasó

con la dama que miró

a aquel galán de que hablades,

e como mal se cuidó,

e que mal se percató,

la su cuita es bien callades.

E por ende, Nos fallamos

que non agravio infirió
el galán,
e que la dama doviera
más recatada de estar,
para que en otra ocasión
non atacada estuviera
de la locura de amor.

A La Manera De Valtierra

La protesta debe ser dulce
Tiendo a tus plantas, señora,
mi corazón por despojo.
Ya está despierta la aurora
y espero a su ambiente rojo
—dulce vejez seductora!—
la senectud de tu enojo.
Tal vez hallaré en la justa
muerte adusta.
Llevaré al acerbo rayo
del dolor,
de mis lides el valor,
de tus ojos el desmayo.
Tengo pálido el semblante
y anhelante.
Y es tanto mi desvarío
y mi menguado sentir,
que a morir —noble— de frío

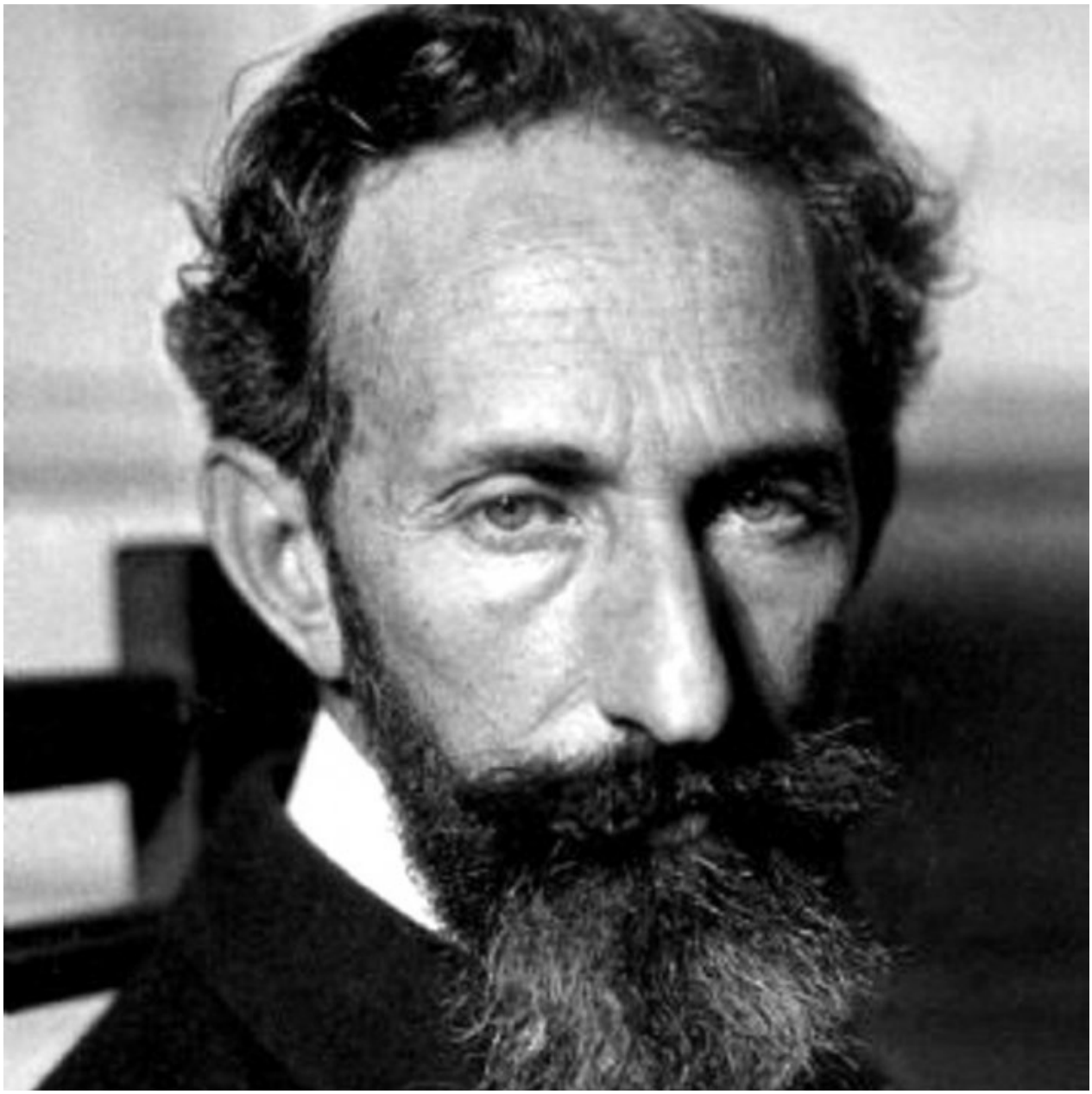
quiero —cobarde— morir
en vuestros brazos, bien mío.
Y si es verdad que inclementes
fueran mis layes otrora,
haya compasión, señora,
de amor para los dementes.
Si pecado fue el deseo
mi crimen fue muy consciente,
que ante vos, a indiferente,
de amor prefiero ser reo.
Hubo un feliz tiempo en que
dulce era toda demora...
Yo no recuerdo por qué:
os acordáis vos, señora?
Lacias las plumas de casco,
tiembla cobarde el valor.
Por vuestra culpa el honor
ved, señora, de un Velasco.
Quitara por vos mi nombre,
aunque asombre.
Si de la ley del valor
borrasen mis embelesos,

dijera lleno de ardor:

Ante todo está el honor;

Y ante que el honor, sus besos.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)